

Horacio Sanguinetti

LA EDUCACIÓN ARGENTINA EN UN LABERINTO

Introducción

La colosal magnitud de la crisis moral y material que nos arrasa ciertamente conmueve a las personas más preocupadas del país en procura de un remedio y un horizonte. No se trata de una tarea fácil, y muchas veces cunden el desaliento y el pesimismo. ¿Dónde está el camino, cuáles son las acciones que pueden ayudarnos y orientarnos, cuáles debemos emprender?

Para comenzar, nuestro país reconoce antecedentes históricos a los cuales es imperativo regresar para encontrar un modelo que nos inspire. Imaginemos la Argentina de 1853, inmersa aún en la locura fratricida que signó buena parte de nuestra evolución. Se conformó entonces un proyecto nacional, que las generaciones inmediatas, no siempre reconocidas, llevaron a cabo para lograr la consolidación de los elementos básicos del Estado: territorio, población, derecho; y también ordenamiento nacional de un maremágnum de gente, pasiones e intereses contrapuestos que no facilitaban la formación de una nación.

La educación popular, inexistente o al menos muy descuidada en los años previos, fue una herramienta esencial. Y fue precisamente a través de ella, del programa sarmientino, que el país creció vertiginosamente hasta lograr un esplendor que prolijamente hemos dilapidado, pero de cuyos reflejos aún vivimos.

Actualmente, si bien espasmódicamente, se advierte una saludable conmoción general: la sociedad se intranquiliza al advertir la degradación de un ámbito que fue su orgullo. Y se pregunta acerca de las razones de tal degradación: ¿a alguien le importa de verdad la educación?, ¿hubo al respecto un plan destructivo orgánico?, ¿solamente desidia, ineficacia, aun estulticia en los responsables?, ¿deserción de la familia?, ¿deterioro del docente, pauperizado y desmonetizado?, ¿cambio de pautas culturales, ante el avance de un mundo de medios, imágenes, frivolidad? No creo demasiado en las teorías conspirativas, pero sí en la insidia y la desidia de muchos que - cualesquiera que fuesen sus intenciones- han logrado aniquilar una estructura educativa ejemplar.

Ciertamente las causas son múltiples e intentaremos desbrozarlas. La familia actualmente deserta de su misión pedagógica; los arquetipos son reemplazados indignamente. La legislación educativa es arbitraria y odiosa. La brecha entre educación eficaz y educación para pobres se acrecienta. El maestro -huero de formación razonable- desaparece en la ecuación enseñanza-aprendizaje. La escuela se limita a contener y alimentar sin enseñar nada: el calendario escolar se regula por el turismo, el facilismo destruye todo esfuerzo, la promoción resulta casi automática, se repudian las sanciones por “traumáticas”, pero también ¡los premios! La mejor juventud emigra, “se inutiliza para el país”, como dijo Echeverría.

Al cundir una desesperante mediocridad, la lectura devino en un hábito arcaico, el mal uso del lenguaje la aniquila. Los progresos tecnológicos, que deberían ser auxiliares pedagógicos esenciales, se convierten en cerriles enemigos. Se hace gala de la ignorancia, hay que ser lindo, rico y famoso, la educación no interesa a los poderosos. Quizás en las palabras sí, pero poco en los hechos.

Aunque todavía la excelencia resista en ciertos “bolsones”, la escuela primaria conserve algo de sacerdocio y ciertas universidades -como la calumniada Universidad de Buenos Aires- preserven una sorprendente eficacia, la crisis está y se la ve. Este proceso da la idea de estar prisioneros en un laberinto, como bien observa René Balestra. Se impone entonces una acción racional, un llamado al sentido común, que permita encontrar la salida.

Frente a esta “catástrofe educativa”, como acertadamente la califica Guillermo Jaim Etcheverry, las personas están reaccionando, *per se* o desde instituciones como las academias nacionales o las propias esferas del poder. Parece indispensable formular un diagnóstico -en rigor, sobreabundan- y una terapéutica -ésta, menos manifiesta-, que nos ponga en el difícil sendero de la recuperación mediante un proyecto concreto. Tenemos elementos suficientes: una tradición gloriosa, una sorprendente abundancia de “materia gris” que compensa la sangría permanente de los mejores, de los que marchan incesantemente al exilio exterior o vegetan en el exilio interior. Siempre aparece quien los supla, honre nuestra cultura, aliente nuestra esperanza en una suerte de inacabable reemplazo que, tememos, alguna vez se agote.

La Argentina se encuentra a la defensiva, maltratada, avergonzada, culposa. No hay mayores presagios que fortalezcan nuestro visceral optimismo. Debemos comenzar ya a diseñar un proyecto de país, aunque no se lo vea, todavía, por ningún lado: Atenas del Sur, polo cultural, tecnológico o el que sea. Y es necesario empezar por la educación, aventando por lo pronto, corajudamente, las teorías falsas, las leyes pretenciosas e impracticables, los métodos equivocados, la infinita estupidez humana. Cada uno en su esfera, con sus armas, con sus posibilidades, con su propia inteligencia.

Desde estas páginas procuraremos aportar nuestra experiencia, sin tecnicismos ni lenguaje hermético, para la obra común que resulta absolutamente perentoria.

))((

1. El descalabro educativo (fragmento)

Una vez cada tanto, la sociedad se conmueve al recibir una prueba tangible de nuestro esperpento educativo: los exámenes de las facultades de La Plata, Mendoza o Córdoba,¹ un desastroso informe de la UNESCO que nos humilla con estadísticas abrumadoras -ocupamos un deshonroso 67º puesto, a nivel mundial, en gasto educativo-, o una fenomenal antología del disparate, particularmente en el terreno del conocimiento histórico.

Según algunas respuestas recogidas en La Plata, la guerra fría parece haber sido una en la cual muchos soldados murieron por las bajas temperaturas; la caída del muro de Berlín aplastó a Hitler; Fidel Castro y “María Isabel Dualde de Perón” fueron presidentes argentinos, etc. Pero la mayor maravilla la formula alguien que, interrogado acerca de por qué San Martín regresó a Europa para liberar a su patria, explica que lo llamó “su mamá, doña Eulogia Lautaro”². Estas y otras afirmaciones resultan tan cómicas -si no fuesen patéticas-, que alguien podría pensar que tuvieron una intención provocadora. Pero sería demasiado bello para ser cierto. Implicaría sutilezas intelectuales de las que estamos lejos. Simplemente, en el caso límite de doña Eulogia, puede sospecharse que alguien sopló sin la nitidez necesaria.

En realidad, la respuesta histórica mamarrachesca es bastante frecuente, y de antigua data. Recuerdo precisiones memorables, que algún aspirante a contador supo darme, como esta integración de la Junta de Mayo: Saavedra, Moreno, Paso, Azcuénaga, Larrea, Pasteur... Y quienes seguían un proverbial programa dominical de preguntas y respuestas tipo ping-pong, atestiguaban el horror permanente.

¹ En abril de 2004, en el primer turno de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Plata ingresaron 304 alumnos sobre 1.298, y en el recuperatorio 240 alumnos más.

² Pero no somos los únicos alarmados. En “El hombre que lee vale dos” (*La Nación*, 17 de diciembre de 2004) Umberto Eco nos informa que el 29% de los jóvenes italianos creía que el *Decamerón*, de Bocaccio, era un departamento de diez ambientes, y el 36%, una marca de vino tinto.

A veces, la desmesura del error proviene no del desconocimiento, sino de algo más grave: la incapacidad de entender lo que se lee, la falta de dominio sobre el elemental instrumento cognoscitivo que es el lenguaje. Así, aquel alumno que porfiaba que Colón era negro porque, como finalmente se verificó, el libro lo calificaba de “oscuro navegante”.

Pero aunque se trate de vicios de larga tradición, la estadística actual de fracasos escolares es verdaderamente inaudita. El único que aprobó matemática entre 58 alumnos del Instituto Provincial de Educación Media de Río Cuarto reconoció que “en el año no estudiamos casi nada”³.

Y si se dice que de cuanto se enseña en el secundario nada sirve, respondamos con el ejemplo de la niña británica que, habiendo estudiado la mecánica de un tsunami en el colegio, llevó a muchos a lugar seguro, cuando el mar se retiró para volver catastróficamente el 26 de diciembre de 2004 en Phuket, Tailandia.

Frente a la enormidad de la catástrofe, parece que las autoridades han girado en una polea falsa. Se quiso demostrar actividad, presentar soluciones y sólo se logró una agitación babélica. La modificación del sistema de promoción -por ejemplo, en la provincia de Buenos Aires-, la discusión de teorías entre pedagogos que hace veinte años no dictan una clase, la reelaboración de contenidos, etc., son conductas totalmente intrascendentes.

³ “Admiten que se estudió poco este año”, *La Nación*, 27 de febrero de 1999.